

¿Y ESO ... PARA QUÉ SIRVE?

Guillermo Reyes*

Dentro de las frases o preguntas de cajón que se generalizan sin el cuestionamiento necesario y que por sus características suelen causar impacto, está la pregunta formulada con curiosidad auténtica o con cierto aire de supremacía o de inteligencia superior: “¿Y eso... para qué sirve?”, poniendo por delante un sentido pragmático que parece cerrar toda posibilidad a ideas o proyectos en ciernes.

Con una pregunta similar a la de este artículo, ISAAC ASIMOV extrae del libro *Greatest Adventure: Basic Research that Shaped our Lives*, de EUGENE H. KONE, la experiencia que estaba exponiendo MICHAEL FARADAY respecto al imán que pasaba por el centro de un carrete de alambre y que registraba el paso de una corriente eléctrica y mostrando cómo cambiaba la polaridad de la corriente. Al final, uno de los asistentes, le preguntó al científico: “Pero... ¿de qué sirve esto?”.

FARADAY respondió: “¿Y de qué sirve un niño recién nacido?”

Faraday se valió del fenómeno que describió para inventar el generador eléctrico y por lo tanto la generación de energía barata y la base de la vida moderna. El niño se hizo un gigante.

Continúa Asimov, sobre el libro de KONE, refiriendo a THOMAS ALVA EDISON, uno de los inventores más importantes de todos los tiempos, cuando dice que inició su carrera científica inventando una máquina que contaba y sumaba votos, y que al presentarla, un político le dijo que no servía, pues al parecer el método tradicional de contar votos permitía cambiar de opinión a medida que se efectuaba una votación. A partir de allí, EDISON resolvió dedicarse a la invención de cosas útiles, y en el caso de la bombilla eléctrica, trató de perfeccionarla haciendo pasar corriente a través del vacío, pero fue poco lo que mejoró, y aunque descubrió el “efecto Edison”, abandonó la idea al no mejorar y al no

* Coordinador de investigación y del área de humanidades de la facultad de Contaduría Pública.

hallarle utilidad al efecto. Sin embargo, patentó el “efecto de Edison”, que más tarde, en 1906, LEE DE FOREST utilizó para diseñar una bombilla de vidrio al vacío que se denominó lámpara de radio y fue la base de la moderna electrónica. Paradójicamente, un invento “inservible” de EDISON tuvo consecuencias más asombrosas que cualquier otro de sus hallazgos. El niño se había vuelto un gigante.

Una historia similar puede referirse al transistor, pues cuando se les concedió el premio Nobel a sus inventores, todavía no se les conocía una aplicación práctica, y seguramente un espíritu pragmático, al no ver la utilidad inmediata, hubiera retrasado por años el desarrollo de la electrónica.

En el mundo de las ideas suceden hechos similares. En el caso de la contaduría, temas como el concepto de costo, la depreciación en el naciente mundo de las locomotoras, el registro de la inflación, fueron niños en su momento y no se convirtieron en gigantes de un momento a otro. La pregunta de nuestro relato, con algunas variantes, se parece a una muy común en el plano académico, especialmente referida a trabajos: “¿Y cuál es el aporte a la ciencia o a la disciplina?” Surge la desaprobación cuando la respuesta no es de corte pragmático.

A la pregunta, ¿De qué sirve lo que se investiga?, especialmente en trabajos de corte teórico, no siempre se puede dar una respuesta que involucre resultados inmediatos; solo el tiempo lo dirá. Lo que se puede afirmar con certeza es que los resultados de investigaciones apuntan a la solución de problemas y que si quien hace la pregunta espera, encontrará la respuesta. Verá al gigante. A diario nos sorprendemos con los inventos del mundo desarrollado, pero olvidamos que muchos se iniciaron hace por lo menos 100 años y que en su momento tampoco hubieran podido responder a la pregunta de “Y esto... ¿para qué sirve?”